

Para realizar su cometido, el drama sólo puede contener "lo puramente humano, desgajado de toda convención y de toda traba histórica o formal". Debe, por tanto, manumitirse de todo convencionalismo, como, por ejemplo, de la concepción del honor, y de lo particular y accidental, y debe eliminar cuanto afecte a la razón y no al sentimiento. Asimismo, ha de reducir palabras innecesarias. "La grandeza del poeta se mide, sobre todo, por lo que el poeta sabe callar".

En el drama, jamás hay adaptación de dos artes distintas ni sumisión de una a otra, sino penetración mutua y recíproca compenetración. La música interviene como madre del drama y tiene su puesto delante de él. Canta y muestra en la escena lo que canta. Es como una abuela que revelase a sus nietos, en forma legendaria, los misterios de la religión.

El poeta da ideas al músico: "Haz brotar tu melodía para que se deslice a través de toda la obra como un torrente ininterrumpido; en ella, dirás lo que yo callaré, porque sólo tú puedes decirlo; y al callarme, te diré todo, porque soy yo quien te conducirá de la mano".

Y la música, desenvuelta y perfeccionada por los grandes sinfonistas, de los cuales Beethoven, con la novena sinfonía, nos legó "el Evangelio del arte del porvenir", hablará en un "lenguaje nuevo, libertador y creador, capaz de expresar lo ilimitado con una precisión incomparable"; hablará en el "único lenguaje adonde puede acudir el poeta para hacer manifiesto y convincente el más profundo contenido de su emoción".

La acción y la pasión, todas las gradaciones, aun las más sutiles, del sentimiento, desde la bondad a la perversión, desde el amor al odio, desde la ternura a la violencia, desde la soberbia a la humildad, desde la fatuidad a la sencillez, desde la exaltación a la pena, desde la magnanimidad al harpagonismo, desde la imponente grandeza mayestática al persuasivo lirismo apasionado, y todas las posibilidades de la expresión musical, cuyo número es infinito, se ponen al servicio del drama y hacen del arte de los sonidos intermediario de la expresión a la vez que fuente de la expresión misma.

Nietzsche ha escrito: "Wagner llegó a librarse de todas las trabas de la música antigua y hacer de la suya un verdadero discurso que expresase de un modo sucesivo los diversos grados de la emoción y de la pasión. El ha realizado, desde este punto de vista, igual progreso que realizó en la evolución del arte plástico el primer escultor que se atrevió a renunciar al relieve para crear el grupo libre".

Wagner, como los grandes trágicos helénicos, los bardos de la antigüedad, los trovadores y troveros galos y los *minnesinger* y *meistersinger* alemanes de la Edad Media, fundió en su personalidad los dos aspectos de poeta y músico. Por esto y por su conocimiento del arte, soñaba con un drama en el que se confundieran en una esencia única los personajes de Shakespeare y las melodías de Beethoven.

Tales son, expuestas a grandes rasgos, las notas características de la doctrina wagneriana.